GENESIS Y ETAPAS DE LA PENETRACION PROTESTANTE EN IBEROAMERICA

POR

PRUDENCIO DAMBORIENA, S. J.

Entre las glorias más desinteresadas de la epopeya hispánica en el Nuevo Mundo debe figurar la de haber incorporado aquellas tierras vírgenes a la civilización cristiana. Si—en expresión de Gómara—"la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, fué el descubrimiento de las Indias", ello se debió en gran parte a que, con aquella gesta, las naciones ibéricas dilataron hasta insospechados límites las fronteras de la Iglesia.

El hecho, ya lo sabemos, tuvo proyección universal, dimensiones en cierto modo ecuménicas. En el siglo XVI Roma perdía con la revolución protestante algunas de sus más preciadas posesiones europeas, aquellas conquistas que habían ocupado sus principales afanes misioneros a todo lo largo de la Edad Media. La Europa Central, los países escandinavos y las islas Británicas vinieron a añadirse a la pérdida del Oriente cristiano, causada pocos siglos antes por los cismas de Focio y de Cerulario.

Es el momento en que España y Portugal montan a primer plano de la historia, y, por un golpe audaz, casi diría quijotesco, cruzan el mar ignoto y ponen a los pies del Vicario de Cristo a las multitudes de la joven América. Los pioneros ibéricos—piensa certeramente Toynbee—prestaron entonces un gran servicio a la Humanidad y a la religión. Porque fueron ellos los que, rompiendo nuevos espacios, ampliaron los dominios de la sociedad cristiana. Y si ésta, cual otro grano de mostaza, creció hasta convertirse en la Gran Sociedad, y es hoy día el gran árbol en cuyas ramas se cobijan nuevos mundos, ello se debe, en gran parte, a la sobrehumana audacia de las gentes de Iberia.

El símil evangélico del *gran árbol* es sugestivo. Porque resulta que en este año del Señor—1956—una de las más potentes ramas del catolicismo es la integrada por las naciones iberoamericanas. Ya a mediados del siglo pasado un historiador eclesiástico francés, Rohbacher, se admiraba de que la América hispana, no obstante la retirada de los españoles, permaneciera católica y ocupara en

la marcha de la civilización cristiana el primer puesto después de Europa.

Si hoy el buen abate asomara entre los vivos, se sentiría admirado al ver su presagio (porque entonces no era más que eso) convertido en realidad. Aun los más aferrados al Viejo Mundo tenemos que reconocer, a fuer de realistas, que América, tanto la del Norte como la del Sur, empieza a ser el continente del porvenir. Económicamente porque guarda todavía casi intactos recursos agotados ya por nosotros; técnicamente, porque va aprendiendo, aleccionada por el gran vecino del Norte, sistemas más adelantados y perfectos que los nuestros; culturalmente, en parte también, porque sus generaciones traen consigo un vigor juvenil y un ansia de trabajo y de progreso propios de nuevos pueblos...

Ahí, en esas tierras sudamericanas, derivadas de una cultura común, idénticas en la fe y en la sumisión a la cátedra de Pedro, posa también complacida la Iglesia su mirada. En ese inmenso Brasil que, con sus cincuenta millones de bautizados, ha arrebatado a Francia y a Italia la palma de "primeras naciones católicas", que hasta ahora ostentaban. En esa masa homogénea de veinte Repúblicas que desde el Río Grande al cabo de Hornos, sola ella integra el 35 por 100 de la población católica universal—cuatrocientos millones de católicos en el mundo entero—, de ellos treinta y cinco millones en Iberoamérica.

¿Cuál es la situación de la Iglesia Católica en el antiguo mundo de Colón? Se han emitido con frecuencia afirmaciones tajantes e injustas sobre el particular. El problema religioso iberoamericano presenta enorme complejidad y sería de mi parte absurdo pretender abordarlo en este lugar. Todo aquel que quiera enjuiciarlo prescindiendo de las consecuencias religiosas del bochornoso siglo XIX en casi todas las Repúblicas, corre grave riesgo de equivocarse en la solución... Y en su existencia presente se observan asimismo signos de evidente vitalidad que yo sería el primero en valorar (1).

Hoy, sin embargo, me toca una penosa labor: la del médico que, sometiendo a análisis al organismo humano, trata de localizar en él aquellos gérmenes nocivos que, con el tiempo, podrían causarle debilitamiento extremo, o aún tal vez una muerte fatal. Dejando a un lado metáforas, nos hallamos en Sudamérica frente a frente con el protestantismo angloamericano, decidido a repetir con sus

---

(1) Entre los muchos estudios que tratan sobre la materia, merece destacarse el volumen editado por Richard Pattee, *El catolicismo contemporáneo en Hispanoamérica*, Buenos Aires, 1949, y en el que colaboran especialistas de cada una de las Repúblicas.

vecinos del Sur la triste aventura religiosa que sus progenitores llevaron a cabo en la Europa del siglo XVI. No retiro la frase. Se trata de una verdadera invasión, sistemática, perfectamente sincronizada y planeada hasta los últimos detalles, aunque en ella falten hogueras y cadalsos como con Servet y Tomás Moro, o revoluciones agrarias y complicidades de príncipes como en la patria de Lutero...

* * *

El protestantismo nunca logró asentar pie en Hispanoamérica durante la época colonial. Las correrías de algún que otro aventurero—del tipo de Juan Arentot—por tierras que hoy son de Bolivia, Perú y Ecuador; la presencia de algunos innominados propagadores de Biblias protestantes en puertos del Atlántico, o las incursiones de hugonotes franceses, comisionados por el almirante francés Coligny, al Brasil y a las costas de Florida, fueron meros episodios que nunca lograron interrumpir la labor evangelizadora de la Iglesia.

Los óbices hallados eran de diverso género. En la Península, todo candidato para las Indias, antes de obtener el permiso de embarco, debía pasar por un riguroso escrutinio religioso-social. Entre las exigencias figuraba la de ser "de familia católica, en la cual nadie hubiese sido condenado por la Inquisición desde dos generaciones anteriores". La medida no era arbitraria, pues el protestantismo, rechazado continuamente de la Península Ibérica, había jurado vengarse enviando quintas columnas a sus posesiones de ultramar. Pero aquí funcionaba también el Tribunal de la Inquisición, atento siempre a que, por maquinaciones de los herejes, no se maculase la pureza de la fe. Ramón Insúa, al analizar las causas del escaso entusiasmo sudamericano por el protestantismo durante aquella época, lo atribuye también al hecho de "ser entonces el nivel de los virreinatos españoles superiores en mucho al de las colonias establecidas por otros pueblos en el continente, sin olvidar que España era en el mundo la primera potencia intelectual". Por consiguiente, "mirados como inferiores los otros pueblos, su influencia cultural tenía que ser forzosamente nula entre los criollos de origen español" (2).

Tengamos, sin embargo, en cuenta también otros dos factores: uno inherente a nuestro carácter hispánico y otro derivado de las especiales circunstancias del protestantismo de aquella época. Para

(2) Ramón Insúa. (Es una cita tomada de un libro suyo—en la Biblioteca de Razón y Fe—y que se me ha traspapelado.)

la mayoría de los latinos que discurren por cuenta propia o buscan solución a sus inquietudes espirituales, el protestantismo (confuso, superficial en sus dogmas, atomizado en sectas y carente de unidad) no ofrece adecuada respuesta. Fué el caso concreto de don Miguel de Unamuno que tanto "flirteó" con el protestantismo sin hallar jamás en él la paz que ansiaba su alma. Uno de sus biógrafos, Julián Marías, le llama con razón "heterodoxo frívolo", añadiendo que "ni fué verdadero cristiano ni filocristiano, porque le faltó humildad radical, seriedad y fe para lo primero y le sobró hondura de espíritu para quedarse con lo segundo" (3).

Pero, además, es preciso rememorar que el protestantismo primitivo fué estéril en obras de misión. Sus primeros corifeos, empezando por Lutero, Calvino, Beza y otros, apoyados en rígidas teorías de una inapelable predestinación, habían proclamado la inutilidad de predicar el Evangelio a los pueblos paganos. La mayoría de sus seguidores, hasta bien entrados en el siglo XVIII, se contentó con seguir casi al pie de la letra las consignas de sus maestros:

> A lo largo de los siglos XVII y XVIII—escribe el historiador wesleyano Findlay—, las potencias marítimas protestantes ganaron la supremacía de los mares, llegando prácticamente a anular las donaciones hechas por los Papas a España y a Portugal. Sin embargo, tanto a Holanda como a Inglaterra les faltó en absoluto el sentido cristiano, y sus conquistas se llevaron a término prescindiendo de la religión y de la Humanidad. En este sentido, la mayor pecadora fué Inglaterra. En las costas africanas, la corona británica estaba representada no por el misionero, sino por el cazador de hombres *(man-stealer)*. En las Indias orientales, y con anuencia del Parlamento, se prohibía, hasta 1813, la presencia de misioneros, en tanto que los enviados reales se dedicaban a los más flagrantes actos de expoliación de los naturales (4).

El caso de las posesiones asiáticas de Holanda no fué más alentador. Y tiene razón el P. Pierre Charles al afirmar que "el principal resultado de sus excursiones por Ceilán y las islas Celibes fué el de arruinar la obra de los antiguos misioneros católicos". ¿Cómo iban, pues, a intentar los protestantes (sobre todo cuando Norteamérica, en período todavía de amalgamiento, no tenía intereses político-comerciales con sus vecinos del Sur) inmiscuirse en las colonias hispánicas, tan llenas de peligro para sus propias vidas?

* * *

---

(3) Marías, Julián: *Miguel de Unamuno*, Buenos Aires, 1950, pág. 151. En cambio, para los escritores protestantes, don Miguel fué "un santo cristiano rebelde, el último y el mayor de los místicos herejes de España".

(4) Findlay-Holdsworth: *The History of the Wesleyan Methodist Missionary Society*, Londres, 1921, I, págs. 24-5.

La situación cambió radicalmente durante y después del período de independencia de aquellas posesiones de Ultramar. Hay en la elaboración histórico-religiosa sudamericana de la época elementos (llamémoslos negativos a falta de vocablo mejor) que allanaron notablemente el camino a la entrada de las sectas. He aquí, brevemente indicados, algunos:

1) El *Enciclopedismo*, muy de moda en numerosos círculos intelectuales y que—son palabras de un protestante—"contribuyó a que la América latina fuera liberándose de su lastre medioeval y asimilando las nuevas ideas que llegaban de Inglaterra y Estados Unidos" (5).

2) *El éxodo de obispos, sacerdotes y Ordenes religiosas*, unas veces por propia voluntad, otras—las más—por los decretos gubernamentales lanzados contra ellos. Esta ausencia de pastores de almas, prolongada durante varias generaciones, fué fatal. Las gentes de la nueva América crecieron en la más absoluta ignorancia religiosa. Los fieles morían desprovistos de los auxilios esenciales de la religión. En este punto es menester mencionar a la Compañía de Jesús—blanco de repetidas expulsiones—, pues el hecho de su permanencia ha molestado siempre a los protestantes, quienes han visto en sus miembros, exageradamente sin duda, representada "la quinta esencia de la Iglesia y de la Hispanidad":

> Si quisiéramos—escribe el profesor de Princeton, John Mackay—nombrar la figura de la Historia que, mejor que ninguna otra, encarna el alma española, no dudaríamos en escoger a Ignacio de Loyola. Aquel vasco, hijo de la más antigua raza ibérica, ha sido llamado con razón *anima naturaliter iberica*... Después de armarse caballero de la Virgen..., Ignacio se retira a la cueva de Manresa en busca de un principio superior capaz de trascender sus ansias de renuncia y de santidad personal. Y aquel principio lo halla en la obediencia a la Santa Sede. Loyola promete total acatamiento al Papado, y trabaja por medio de sus hijos en llevar a los demás a tal sumisión. En la gruta de Manresa nace la orden jesuítica, esa terriblemente genuina creación del espíritu español... Una insaciable sed de dominio y una absoluta lealtad a Roma: he aquí los secretos de la historia religiosa de España, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo (6).

3) *La francmasonería* ha sido, desde los comienzos, una preciosa ayuda para el protestantismo, con el que se ha confabulado no precisamente para promover las ideas de la Reforma, sino para socavar los fundamentos de la Iglesia Católica. La labor de zapa

---

(5) Sante U. Barbieri: *Spiritual Currents in Latin-America*, Buenos Aires, 1950, págs. 69 y sigs.

(6) Mackay, John A.: *The Other Spanish Christ*, Nueva York, 1932, páginas 21-22. Mackay tiene una especie de obsesión antijesuítica que patentiza en todos sus escritos y en las muchas conferencias dadas en Europa y América. Dos de sus fuentes favoritas son Unamuno y Oliveira Martins.

llevada a cabo por las logias (recordemos, por ejemplo, la de Méjico, que en 1833 pedía en sus proclamas "la abolición de los privilegios de la Iglesia, la inmediata supresión de las Ordenes religiosas y la absoluta libertad para las demás religiones") fué devastadora para todo el catolicismo continental. Miembros de la masonería fueron muchos de los misioneros protestantes que cruzaron en dirección sur el Río Grande y hermanos fervientes de logias, aquellos sudamericanos que les abrieron de par en par las puertas de sus respectivas patrias. En sus campañas anticatólicas, las sectas han podido siempre contar con el apoyo de las logias. Un caso simbólico de la estrecha unión de la masonería y el protestantismo actual lo tenemos en el obispo metodista filipino Enrique C. Sobrepeña, nombrado solemnemente *capellán* de las logias masónicas de aquel archipiélago (7).

* * *

La interacción de los factores que acabamos de enumerar acarreó a Sudamérica un doble daño. Ante todo, la relajación de la fibra católica de aquellos pueblos. No se puede tener un catolicismo recio, militante, cuando faltan aquellos instrumentos esenciales a su vitalidad. Pablo Antonio Cuadra nos ha trazado de mano maestra lo que sucedió en las Repúblicas sudamericanas:

> Se cree—escribe—que Hispanoamérica ha sido durante sus cuatrocientos años de historia un continente de continuo desarrollo religioso. Y la verdad dura, triste, es que durante más de un siglo (a lo largo del XIX sobre todo) Hispanoamérica sufrió en su religiosidad católica el más hostil e implacable ataque bifrontal: de parte del liberalismo interno y de parte del liberalismo protestante. Ataque mancomunado del Poder y de la Riqueza, sólo comparable con el que actualmente realiza Rusia en los países ocupados... Hay que recordar la guerra a muerte, guerra declarada y oculta simultáneamente, que declaró el liberalismo a la religión y a la Iglesia en todo el siglo pasado... La destrucción de todos los instrumentos de apostolado, el irrespeto jayán, la corrupción premeditada del clero, eran solamente el aspecto negativo de la obra. En el aspecto positivo está su laicano con sus misioneros, sus legislaciones, embajadas..., todas empeñadas en descatolizar nuestros países. El resultado de tamaña lucha tenía que ser aniquilador para cualquier otra religión que no fuese la católica (8).

Y en segundo lugar, la preparación del terreno para el establecimiento del protestantismo. Por eso, los escritores de las igle-

---

(7) Véase, por ejemplo, J. L. McLeish, *Highlights of the Mexican Revolution*, Cincinati, 1917, donde el autorizado hermano explica a sus partidarios la activísima parte tomada por las logias en la revolución mejicana.

(8) P. A. Cuadra: "Mesa redonda en torno al catolicismo latino-americano", en la revista *Latino-América*, 1 mayo 1951, pág. 222.

sias separadas, lejos de llorar sobre los males de este período, lo consideran como el de su portentosa incubación:

> La llegada del protestantismo a Latinoamérica—dice el mejicano Alberto Rembao—nos aparecerá como fenómeno natural si examinamos las fuerzas que hicieron posible su afloración... Para cuando llegaron nuestros misioneros, el protestantismo les había precedido allí en forma camuflada de liberalismo. Durante la segunda mitad del siglo XIX, los Gobiernos sudamericanos se volvieron progresistas. Estaban asimismo en vigor las Constituciones liberales que, además de desbancar a la Iglesia tradicional, prepararon el camino para legislaciones del tipo de *Bill of Rights* de los Estados Unidos. Pero, aun antes de aquel período, la filosofía positiva que inspiró a los héroes de la Independencia era protestante no sólo en espíritu, sino aun en sus detalles. Las Constituciones sudamericanas no eran, en gran parte, sino imitaciones de la de los Estados Unidos, y ésta... (con el influjo de Locke y Bentham) era ciento por ciento protestante. Por estas razones, el trabajo que en Latinoamérica aguardaba a los misioneros protestantes resultaba mucho más fácil que el de sus hermanos destinados a las Misiones de China, de la India o de países mahometanos (9).

Si, al favor de estas circunstancias, las relaciones político-religiosas de las jóvenes repúblicas hubieran tomado el sesgo que los protestantes esperaban, la resultante hubiera sido muy diversa de la actual. Con todo, los primeros latidos de aquellos nuevos países constituyeron para los discípulos de Lutero una primera decepción. Tanto los dirigentes nacionales como los grandes héroes, al emanciparse del rey y de la Corona, se cuidaban de no hacerlo de la religión que habían heredado de la Madre Patria. Los deseos mostrados por los políticos de entenderse con la jerarquía eclesiástica y de no herir los sentimientos religiosos del pueblo indicaban a las claras que no buscaban el divorcio entre el patriotismo y la religión. El fenómeno les molestó:

> Aquella actitud sudamericana—comenta un autor moderno—de continuar profesando lealtad a la Iglesia católica, negándose a incluirla en su oposición a la Madre Patria, era señal inequívoca del poder que Roma ejercía sobre la mentalidad popular. Y todo ello, no obstante su convicción [?] de que ella [la Iglesia] había sido la conculcadura de sus derechos y de que la influencia del clero se había inclinado casi siempre a la monarquía peninsular (10).

Un nuevo fenómeno hubiera favorecido también sus designios. Sabían por experiencia que casi todas las herejías (nestorianismo, cisma del Occidente, revolución luterana, jansenismo, etc.) habían sido promovidas desde las filas del clero y que el rompimiento con Roma había sido precedido o acompañado por un período de

---

(9) Rembao, Alberto: *Discurso a la nación evangélica*, Buenos Aires, 1949, páginas 73-4.

(10) Mackay: *That Other America*, Nueva York, 1934, pág. 179.

turbulenta exaltación política. En Sudamérica, la activa participación del clero en la causa de la independencia; las dificultades halladas por varios de sus miembros con las respectivas jerarquías; la obstinada interferencia del Patronato regio; la adhesión un tanto anacrónica de ciertos obispos y sacerdotes a las consignas llegadas de la Península y las doctrinas poco ortodoxas o la filiación masónica que empañaban el nombre de algunos miembros del clero nacional... Todos éstos eran síntomas favorables a la escisión. Por allí corrían también los escritos del galicano abate de Pradt (el amigo de Rivadavia y Bolívar), en los que se abogaba por el rompimiento con Roma y por la creación de "Iglesias nacionales". Esto, añadido a las conminaciones de tipo napoleónico que algunos héroes de la Independencia dirigían por entonces a la Santa Sede, auguraban un desastroso fin. Parece que los protestantes de uno y otro lado del Atlántico hubieran acogido con alborozo tal rompimiento:

> No hay duda—escribe Mackay—que la aparición en Sudamérica de una serie de Iglesias nacionales, liberadas de la influencia de Roma y de la Orden jesuítica, habría señalado la aurora de un nuevo día en la historia espiritual de aquel continente (11).

Pero sus planes quedaron de nuevo desbaratados. Aun en los momentos de mayor tensión y en ocasiones casi desesperantes para aquel nacionalismo en carne viva, la jerarquía y el clero mantuvieron integérrimo su juramento de fidelidad a la Santa Sede:

> En este sentido—escribe monseñor Francceschi—, la historia de la Argentina puede mostrar con orgullo que, después de los sucesos de 1810, a pesar de que la Iglesia nacional actuó durante un sinnúmero de años sin mantener vinculación alguna con Roma y predominando entre los dirigentes del país tendencias contrarias al sentido romano de la Iglesia, no se registra un solo caso de herejía, no se recuerda un solo caso de desfallecimiento. Tan profundo era el sentido católico que había recibido en preciosa herencia (12).

Por eso los historiadores protestantes han de contentarse con señalar a aquellos contados miembros del clero que se desviaron del recto camino o a los poquísimos que, por motivos de despecho o de lucro, se pusieron al servicio de las sectas. En Méjico hay algunos sacerdotes enrolados en la masonería y—a finales de siglo—otro diminuto grupo que abraza el protestantismo episcopaliano. En Chile, el cura Beltrán funde las campanas de su iglesia para luchar contra los españoles. En la Argentina, Juan Ignacio Gorriti procla-

---

(11) *Ibídem*, pág. 180. Cfr. *The Other Spanish Christ*, pág. 67.
(12) Pattee, *op. cit.*, pág. 25.

ma la conveniencia de crear una Iglesia nacional, pero es abandonado de todos. En el Brasil no faltan miembros del clero adictos a la masonería, y Feijoo pide al Congreso la supresión del celibato eclesiástico, ejemplo imitado por otros pocos en Bogotá. En Chuquisaca (Bolivia), el canónigo Terrazas, entusiasta de la Revolución francesa, presta libros heterodoxos a Mariano Montero. El abate Viscardo invita desde Europa a los sudamericanos a rebelarse contra España. En Venezuela, un ex capuchino se hace protestante y se convierte en el primer maestro de sus escuelas bíblicas...

Como se ve, casos bien aislados—y la mayoría sin relación directa con el protestantismo—para aquella tremenda conmoción que por entonces sacudió a los pueblos sudamericanos. ¿Pueden todos los pueblos europeos—Alemania, Francia, Inglaterra, países escandinavos—presentar en casos análogos idéntica fidelidad a la Silla Apostólica?

* * *

Mejor fortuna tuvieron los protestantes en sus relaciones con un buen número de jefes políticos contemporáneos o con las Constituciones nacionales que entonces se fueron promulgando. Advirtamos, respecto de los primeros, que para ninguno de ellos probablemente era el protestantismo el sistema religioso ideal, ni siquiera lo consideraban como solución a los problemas espirituales de sus compatriotas. Eso sería atribuirles un cacumen teológico que no poseían, ya que su cultura religiosa nunca pasó de ser superficial. El anticlerialismo exacerbado—triste herencia de la España y de la Francia ochocentesca—podían en ellos más que otras razones de orden superior. Tengamos también en cuenta la presión ejercida por las logias, el deseo de liberarse de ataduras de conciencia, el prurito de aparecer progresistas y el deseo de agraciarse a ciertas potencias protestantes de uno y otro lado del Atlántico... De hecho, se convirtieron en coadyuvadores eficaces del protestantismo en el momento en que éste intentaba su primer asalto contra Sudamérica.

En MÉJICO, el introductor oficial del protestantismo fué Benito Juárez, "el indio zapoteca que en la masonería había llenado su alma de odio profundo contra la Iglesia Católica" (Schalrman). En 1869 llamó a los metodistas a la capital, regalándoles un hermoso templo arrebatado a los franciscanos y sirviéndose de su colaboración para una "reforma religiosa"—a base de protestantismo—que tenía proyectada. Las sectas le incluyen en la lista de sus grandes

protectores. La obra juarista quedó completada por la de su sucesor, Lerdo de Tejada, el hombre que, después de haber expulsado a frailes y monjas, se proclamó defensor del protestantismo:

> La Constitución mejicana—manifestaba a un grupo de pastores—garantiza la tolerancia y la protección de todas las opiniones religiosas. Y aunque el fanatismo de otras formas de culto [el católico] pueda excitar en ocasiones al pueblo contra los protestantes, les hago saber que las clases educadas del país están en favor de una completa tolerancia. Y aquí estoy yo para responder de lo que hagan las autoridades de la nación (13).

ARGENTINA contó también desde los comienzos con hombres que simpatizaban con la causa protestante. Juan B. Alberdi mantenía que "la América española, reducida al catolicismo con exclusión de los demás cultos, se convertiría pronto en un convento de frailes", por lo cual abogaba por una plena libertad de religión para cuantos desearan establecerse en la Argentina. Rivadavia, con el fin de justificar sus cierres de conventos y su expoliación de bienes eclesiásticos, tuvo asimismo momentos de excesiva benevolencia con las sectas, sobre todo con James Thomson y William Morris. Por su parte, Sarmiento, no bien hubo asumido el Poder, comisionó al pastor norteamericano W. Goodfellow para que, ayudado por sus correligionarios, implantase en su patria nuevos sistemas de educación. El mismo Presidente Roca, tan duro con los católicos, hizo lo posible para facilitar a varias sociedades protestantes su establecimiento en suelo argentino (14).

Tampoco en CHILE faltaron al protestantismo poderosos abogados. Para uno de sus próceres intelectuales, Francisco Bilbao, la conveniencia de albergar a las sectas en el país derivaba de este razonamiento: la Iglesia Católica y España son una misma cosa. Pues bien: como la segunda era la causa de los males que aquejaban a sus conciudadanos, el remedio era deshacerse del catolicismo y abrir de par en par las puertas a los *reformados* (15). Tanto el libertador San Martín como O'Higgins tuvieron empeño en que el ya citado Thomson—nombrado por el último ciudadano honorario de Chile—implantase en el país sus escuelas elementales, a pesar

---

(13) Knapp, Frank: *The Life of Sebastian Lerdo de Tejada*, Texas, 1951, página 219.

(14) Barbieri, *op. cit.*, dedica una buena parte de su conferencia *Protestantism in Latin-America* (págs. 115-134) a ilustrar con ejemplos históricos el proteccionismo de algunos de los dirigentes políticos con las sectas.

(15) *Ibídem, ibíd.* Por supuesto, Francisco Bilbao es otro de los santones del protestantismo. Mackay, *op. cit.* (pág. 162), no duda en llamarle "el primer santo republicano de Sudamérica... y el primer seglar que en el continente se interesó con seriedad por el problema religioso".

de constarle que eran, las más de las veces, focos de proselitismo protestante.

El protestantismo se introdujo en COLOMBIA por obra de un Presidente liberal, José Hilario López, ansioso de encontrar fuerzas que contrarrestaran la vitalidad del catolicismo patrio. Los emisarios protestantes llegaron a la capital y fundaron una Sociedad bíblica con participación de todos aquellos elementos izquierdistas que acababan de dar al país una serie de decretos concomitantes —que tantas veces han hecho corte al protestantismo sudamericano—; a saber: expulsión de los jesuítas y de eminentes figuras de la jerarquía (en nuestro caso, monseñor Mosquera, obispo de Popayán), ruptura de relaciones con la Santa Sede, decretos sobre el divorcio y el matrimonio civil, etc. (16).

En GUATEMALA—previas las medidas coercitivas ya mencionadas—, el Presidente Rufino Barrios se trasladó personalmente a California a traerse a los presbiterianos, a quienes trató con largueza, animándoles a abrir escuelas, mientras, por otra parte, él mismo ordenaba a los ministros de su Gobierno enviaran a sus hijos a ellas (17).

Pasando por alto los casos de Nicaragua, Venezuela, Perú, Bolivia y Paraguay, mencionemos otro caso típico. El ECUADOR, la patria de García Moreno, era, al parecer, la menos preparada para dar la bienvenida a los protestantes, y el pueblo daba amplias muestras de ello en su fervor religioso y en su adhesión a la Santa Sede. Pues bien: los políticos anticlericales se empeñaron en meterlo. Sus principales promotores fueron dos Presidentes—liberales y masones—, que sucesivamente rigieron durante más de veinte años los destinos del país: Eloy Alfaro y Leónidas Plaza. Los medios empleados no fueron muy democráticos, pero lograron lo que les interesaba:

> Antes de 1895—leemos en una redacción protestante de aquellos años—, las leyes no permitían sino a los católicos la enseñanza en las escuelas. Hoy, en cambio, es un pastor metodista el encargado de organizar los centros de educación normal para preparación de maestros. Los dirigentes de éstos empiezan ya a ser protestantes y a fundar los principios pedagógicos en las verdades de la reforma. En otros tiempos, las aduanas del Ecuador confiscaban a la entrada del país nuestras biblias... Ahora éstas vienen por toneladas y recorren todos los rincones

---

(16) "The Emancipation of Latin America" (en L. Speer: *Missions and Modern History*, Nueva York, 1904, I, págs. 209-11).

(17) Grubb, Kenneth G.: *Religion in Central America*, Londres, 1937, páginas 60-2. Tanto Montúfar como Martínez Sobral estaban muy interesados en la introducción del protestantismo en su patria. Grubb nos añade que Henry Hall, ministro de los EE. UU. en Guatemala, "was of the same way of thinking" (pág. 62).

de la República. Mientras antes los obispos y sacerdotes formaban buena parte del Congreso, las nuevas leyes les han prohibido toda participación en la vida oficial. Por el contrario, el Senado, después de haber aprobado la ley del Divorcio, ha declarado solemnemente que protestantes y católicos serán tratados en pie de igualdad. Como se ve, ningún país ha llevado a cabo en Sudamérica reformas tan radicales y rápidas como el Ecuador (18).

Creemos que el documento no necesita comentarios. Trátase del modo habitual de entrada del protestantismo en nuestros pueblos iberoamericanos. No lo olvidemos en los momentos en que ciertas gentes de nuestros días se deleitan en tejer panegíricos sobre el "carácter pacífico y legal" de las infiltraciones protestantes en tierra americana.

* * *

Con todo, a los protestantes no les bastaba la protección personal de algún alto político o de las logias masónicas mientras continuaran en pie las Constituciones esencialmente católicas que las regían. Su segunda acometida se dirigió, pues, a promover su transformación en fórmulas, "más en consonancia con los nuevos postulados de la libertad". Por desgracia, hallaron en muchos Gobiernos—no en los pueblos, cuya voluntad pesaba poco en la balanza—tendencias que miraban al mismo fin.

Sabido es que las Constituciones sudamericanas de principios del siglo pasado consideraban al catolicismo como religión nacional, con exclusión de credos opuestos. La de Chile (1818) declaraba la inviolabilidad de la Iglesia Católica, "sin permitir ningún otro culto contrario a la religión de Jesucristo". El *Estatuto Provisorio*, de San Martín (1821), promulgado para el Perú, garantizaba explícitamente la supremacía del catolicismo. El Congreso de Chipalcingo (1813), en el que obtenía Méjico su independencia, afirmaba que "el nuevo Estado tendría que hacer concordatos con la Santa Sede en orden a no admitir ninguna religión diferente de la católica". Y así, en las demás Repúblicas:

La religión católica—rezaba en el artículo 10 el Acta de Independencia de Guatemala en 1813—, que hemos heredado en los siglos anteriores y profesaremos en los sucesivos, se conservará pura e inalterable, manteniendo vivo el espíritu de religiosidad que ha distinguido siempre a nuestro país, respetando a los ministros eclesiásticos y conservando sus personas y propiedades (19).

---

(18) Citado por Speer, *op. laud*, pág. 206.

(19) Las dos obras fundamentales que, desde el punto de vista protestante, estudian el problema de la "libertad religiosa" en Sudamérica, son: L. Mecham,

El gran viraje en favor de la absoluta libertad de cultos empezó a mediados de siglo (proclamación de la Constitución laica de Méjico en 1857), para acabar prácticamente en 1925, año en que Chile abrogó el concordato con la Santa Sede y proclamó la separación de la Iglesia y del Estado.

Cae fuera de nuestro propósito analizar las etapas y los matices de este fenómeno en cada una de las Repúblicas. Hoy, la situación es la siguiente: Méjico, Puerto Rico, Cuba, Panamá, Chile, Uruguay y Brasil mantienen una estricta separación entre la Iglesia y el Estado. En las demás Repúblicas (y dependiendo de la existencia de concordatos o según el talante de las autoridades) se otorga al catolicismo cierto rango de superioridad, pero concediendo al mismo tiempo libertad omnímoda a la acción de las sectas. En algunas Repúblicas (Perú, Ecuador y Paraguay), los Gobiernos han intentado a veces coartar algunas de sus actividades. En nuestros días, Colombia trata de atar con mano fuerte su proselitismo, y aun espera declarar inconstitucionales ciertas manifestaciones públicas de sus misioneros. Con todo, la conclusión de uno de sus grandes expertos, Searle Bates, es que Iberoamérica puede considerarse, desde el punto de vista legal, "como campo plenamente abierto a las iglesias" (20).

El protestantismo ha trabajado durante años y con verdadero ahinco por abrirse esta puerta grande—la de la plena libertad de acción—en Hispanoamérica. ¿A qué obedece tal empeño? Las sectas protestantes operan en países católicos por métodos muy parecidos a los del comunismo en naciones pobres. Las masas católicas de Sudamérica, donde la Iglesia ha sido víctima de sucesivas expoliaciones, de escasísimo clero, carentes las más de las veces de sólida instrucción religiosa y privadas de una organización militante y viril, son incapaces hoy por hoy de resistir los embates de esas minorías fanáticas, que, junto con un cristianismo facilitón, ofrecen a sus oyentes ventajas materiales, medicinas para sus cuerpos, empleos para sus adeptos o carreras universitarias para sus hijos. Conscientes además de su superioridad racial, de la acabada perfección de sus instrumentos de ataque, los protestantes se contentan, por lo común, con que tanto las autoridades civiles como la opinión pública les dejen obrar en paz y sin cortapisas de ningún

---

Church and State in Latin America, University of North Carolina, 1934, y Searle Bates, *Religious Liberty: An Inquiry*, Nueva York, 1945. La primera es mucho más elaborada y, hasta cierto punto al menos, científica. La obra de Bates, ensalzada tantas veces por los protestantes, contiene gran lastre de propaganda.

(20) *Op. cit.*, pág. 221.

género. Lo demás vendrá por sus pasos... Por el contrario, lo que más temen es que ese pueblo se vuelva consciente del fraude de que es objeto y de los turbios intereses, que se mezclan con la nueva ofensiva "religiosa". Entonces no tendrán más remedio que posar ante el mundo como "víctimas de la Iglesia inquisitorial" y llevar su caso al Comité de Derechos Humanos de la O. N. U. o al Departamento de Estado de Wáshington (21).

* * *

Pero tampoco culpemos a nuestros vecinos de todos los males que nos aquejan. Por desgracia, el suelo sudamericano está demasiado preparado para que en él brote el error. Y para probarlo no es necesario recurrir a la interminable lista de "defectos morales, supersticiones y necesidades urgentes" que los protestantes han compilado para justificar su invasión. El abandono religioso y la ignorancia casi absoluta de las masas en materias de fe; los ejemplos, no siempre edificantes, de algunos de sus dirigentes espirituales; la disolución de los vínculos familiares o el elevadísimo porcentaje de hijos naturales han constituído—seamos sinceros con nosotros mismos—una apremiante invitación para las iglesias separadas. Si a esto añadimos la incuria de tantos gobernantes sudamericanos, que los han dejado entrar sin preocuparse de los daños espirituales que pueden acarrear a sus compatriotas, no tendremos motivo de extrañar el ímpetu con que el protestantismo se ha lanzado a la conquista de Sudamérica. Si no lo hizo ya a finales del siglo pasado fué porque el interés de sus misiones se cifraba por entonces en los extensísimos pueblos paganos del Asia oriental (China, India y el Japón) y porque, económica y culturalmente, las Repúblicas situadas al sur del río Grande no pesaban tanto en la balanza de valores internacionales (22).

* * *

---

(21) Este sería el momento de hablar de las "responsabilidades" de los Estados Unidos en estas infiltraciones protestantes. La materia, como se ve, es sumamente delicada. Proponemos tratarla por separado en otra ocasión.

(22) Los protestantes explotan a placer los escritos de autores liberaloides sudamericanos en los que se habla del "oscurantismo religioso" y de la "baja estofa" del cristianismo en sus respectivas patrias. La lista de autores aducidos es inmensa: desde la de los hombres del siglo XIX (Sarmiento, Francisco Bilbao, Montalvo, Alberdi, González Prada), pasando por los de la última generación (Ricardo Rojas, Navarro Monzó, Mariátegui, Enrique Rodó, Bunje, Ingenieros, Amunátegui), hasta los contemporáneos (como Haya de la Torre, Gabriela

¿Cuáles han sido las etapas del avance protestante en Iberoamérica? Su historia puede dividirse convenientemente en cuatro grandes períodos, correspondientes a otras tantas fases de penetración. Helos aquí en forma esquemática, que requeriría más espacio que el que aquí les podemos conceder.

El primero es de *tanteos* y de *iniciativas más o menos individuales.* Se extiende desde los años de la independencia sudamericana hasta 1916: casi un siglo de conatos por poner pie en algunas de las Repúblicas. Los presbiterianos penetran en Chile el 1846; en Colombia, en 1856; en el norte del Brasil, en 1869; durante los años siguientes, en Méjico, Argentina y Guatemala, y aprovechando las anexiones norteamericanas, en Cuba, Puerto Rico y Panamá. Los metodistas siguen un itinerario parecido: Argentina (1856), Méjico (1871), Brasil (1886), Antillas (últimos años del siglo), Costa Rica y Panamá, en vísperas de la primera guerra mundial. Los baptistas se establecen en el Brasil en 1881; en 1856 fundan su misión de Monterrey; llegan a la Argentina en 1881; a Chile—invitados por el Presidente Balmaceda—en 1888, y a las Antillas en pos de los ocupantes norteamericanos. Tanto anglicanos como episcopalianos proceden con mayor lentitud, pero ocupan también puestos en algunas de las Repúblicas. A principios del siglo actual aparecen en numerosos países (Argentina, Chile, Brasil, Méjico, Cuba, Uruguay, etc.) los adventistas. Estos contingentes quedan reforzados por la llegada de sectas de menos abolengo, tales como los cuáqueros, los discípulos, etc.; por sociedades misioneras creadas específicamente para Sudamérica, verbigracia, la Inland South American Society, la Gospel Missionary Union, la Central American Mission, etcétera. Con todo, sus avances son esporádicos; no hay todavía trabazón interna ni cuentan las sectas con aquellos instrumentos vitales que más tarde constituirán en buena parte el secreto de su éxito: las obras de beneficencia, la educación y sus grandes organismos de propaganda escrita. Tampoco el pueblo sudamericano responde a su llamada; más bien los recibe con frialdad o con abierta oposición. De ahí que las relaciones protestantes contemporáneas lo acusen de retrógrado, ignorante y perseguidor. Numéricamente —y teniendo en cuenta que se trata de todo un siglo de conatos—, sus ganancias son escasas:

Mistral, Manuel Gálvez, Picón Salas, Mañach, Alberto Sánchez y otros). Trátase, en la mayoría de los casos, de hombres que han propugnado la "suma conveniencia" de la introducción del protestantismo en Sudamérica como elemento de "regeneración espiritual".

En 1914—escribe el historiador protestante K. S. Latourette—, los resultados obtenidos por el protestantismo en Latinoamérica no son impresionantes... Su total de adeptos pasa apenas de los cien mil, número muy inferior al logrado por los mismos misioneros en las Indias occidentales británicas o en las mismas Guayanas entre gentes de color (23).

El *segundo período (1916 a 1938)* puede calificarse de paréntesis, aprovechado para *unificar fuerzas, plantear programas* y *fijar objetivos* de un colosal ataque. Rechazada en 1910 por el Congreso de Edimburgo la propuesta norteamericana de incluir a Iberoamérica entre sus países de misión, los misioneros de allende el Atlántico determinan prescindir de lo que los europeos crean sobre el particular, y se lanzan, por su parte, a la lucha. En la reunión de Cincinati (1914), Hispanoamérica queda catalogada por ellos como "país de misión". Dos años después convocan el primer gran Congreso Sudamericano Protestante de Panamá, en el que, además de limitar las esferas de trabajo para las respectivas sociedades, estudian los campos más abandonados por los católicos y sus mejores posibilidades de penetración. A este Congreso siguen los de Montevideo (1925) y de la Habana (1929). Es también la época en que se funda un organismo central y coordinador: el Committee on Cooperation in Latin-America, la sombra negra de la infiltración protestante sudamericana, con sede en uno de los suntuosos edificios de la Quinta Avenida, de Nueva York. En sus oficinas se redactan varias publicaciones (entre otras, *La Nueva Democracia,* órgano de prestigiosas firmas liberales del tipo de Luis Alberto Sánchez, Navarro Monzó, Manuel Gálvez, Gabriela Mistral, etcétera); se proyectan los programas de proselitismo (por ejemplo, los famosos Planes Quinquenales de conversión de Latinoamérica), y se hace una buena parte del reclutamiento de candidatos para sus misiones. Durante este segundo período, el arribo y la consolidación de nuevas sectas misioneras se lleva a cabo con mayor rapidez que nunca. Tanto el Salvation Army como los centros recreativo-culturales del Young Men's Christian Association y Young Women's Christian Association (designados comúnmente por las iniciales Y. M. C. A. y Y. W. C. A.) se afianzan en las grandes urbes sudamericanas. Estas dan también cabida a las iglesias de tipo pentecostal (Faith Missions), que con supuestas *curaciones, dones de lenguas* y de *profecía* arrastran hacia sí a muchos incautos. Son éstos también los años en que el protestantismo prepara su sistemático plan para atraerse a las numerosas tribus esparcidas en diversas Repú-

(23) K. S. Latourette: *A History of the Expansión of Christianity,* Nueva York, 1943, V, pág. 109.

blicas. Así, surgen la Cumberland Presbyterian Mission, la Peruvian Indian Mission, la Latin-American Fellowship, la Mission to Payua Indians y otras. Finalmente, es la hora en que el protestantismo se afianza en el empleo de uno de sus mejores instrumentos de proselitismo: sus obras de educación, sobre todo sirviéndose de los colegios de segunda enseñanza... En conjunto, la fuerza misionera protestante se ha revigorizado con la adición de casi un millar de pastores extranjeros, la mayoría norteamericanos. Sus dirigentes empiezan también a considerar más en serio la urgencia de hacerse con buenos equipos de colaboradores nacionales. Estadísticamente se ha dado un salto fenomenal: sus adeptos han llegado a ser 1.600.000 (24).

El *tercer período (1938 a 1945)* podría llamarse de *irrupción sistemática y masiva* del protestantismo sobre Sudamérica. Para explicarlo hay que recurrir a los siguientes factores—de orden e importancia diversos—, pero que todos ellos han contribuído a producir este nuevo fenómeno en nuestra historia eclesiástica contemporánea.

Naturalmente, se debe empezar tomando en cuenta *la silenciosa, pero tenaz labor preparatoria de las sociedades misioneras* a lo largo de un siglo de expansión. Mientras los católicos nos dormíamos sobre nuestros laureles y despreciábamos la hondura de sus intentos de penetración, ellos fueron preparando sus instrumentos, infiltrándose en ciertas capas sociales y haciéndose indispensables en terrenos tan delicados como el de la educación... Al despertar caemos en la cuenta—a veces demasiado tarde—de que los tenemos muy metidos en nuestra casa.

Recordemos asimismo *el prestigio e influjo creciente* de los Estados Unidos sobre sus vecinos del Sur durante y a partir de la última guerra mundial. El *influjo económico* es demasiado evidente para que nos pongamos aquí a demostrarlo:

> Latinoamérica—refería no hace mucho un diario neoyorquino—se está convirtiendo para los Estados Unidos en uno de los mayores mercados del mundo... Las Repúblicas sudamericanas proveyeron en 1950 el 83 por 100 del petróleo que entró en el país, el 97 por 100 del antimonio, el 63 por 100 del cobre, el 53 por 100 del estaño, el 97 por 100 del café y el 85 por 100 del azúcar. En dirección opuesta, el 58 por 100 de la maquinaria, el 37 por 100 de los productos químicos, el 40 por 100 de los textiles, el 30 por 100 del acero, el 36 por 100 del trigo de los Estados Unidos van a Latinoamérica, importadora, al mismo tiempo, de 48 de cada 100 automóviles que Norteamérica envía al exterior (25).

---

(24) Parker, J. I.: *Interpretative Statistical Survey of the World Mission of the Christian Church*, Nueva York, 1938, págs. 305-10.

(25) Arciniegas, Germán (trad. H. de Onís): *The State of Latin America*, Nueva York, 1952, pág. 5.

Y la economía, bien lo sabemos, nunca va sola, sino arrastrando consigo hacia los países menos potentes el lastre de su influjo cultural. Y basta abrir los ojos para ver que el caso se repite en Sudamérica, donde el aprendizaje del inglés ha suplantado completamente a la lengua francesa, y el *baseball* se va convirtiendo en el deporte nacional, y *Life* en español y las *Selecciones del Reader's Digest* y *Visión* (con toda la inquina política que consigo llevan) se están vendiendo como las revistas más populares de todo el hemisferio... Esto, naturalmente, crea entre gentes de principios religiosos superficiales una bobalicona admiración por todo lo que llega del otro lado del río Bravo, sin excluir su religión (la protestante), que es la que, de creer a su propaganda, ha contribuído a la grandeza del país...

Desde el punto de vista meramente religiosomisional, la intensificación del proselitismo protestante en Sudamérica tiene por causa inmediata la *débâcle* de sus empresas misioneras en el Extremo Oriente, territorio clásico de misión para las iglesias norteamericanas desde finales del siglo XVIII. En 1928, durante el avance de las tropas sudistas hacia Pequín, más de cinco mil de sus misioneros abandonan precipitadamente la China. El golpe es de consecuencias fatales para aquellos entusiasmos suyos de "convertir la China para Cristo en el término de una generación". En 1934, la ocupación nipona de Manchuria les cierra otra de las puertas. Vienen después en calidoscópica sucesión: la guerra chinojaponesa, que vuelve a paralizar a sus misioneros de China; las restricciones que les impone el Japón, tanto en el archipiélago como en los territorios anexionados a su poder; la segunda guerra mundial, con la evacuación o el estancamiento de muchas de sus obras... En la India, tampoco se los quiere mejor, pues su bullente nacionalismo apunta como a enemigo número uno a Inglaterra y a las potencias occidentales que a ella deben su civilización. En otras palabras, las iglesias protestantes norteamericanas están a punto de perder una de las pocas empresas que todavía les dan vitalidad: *sus misiones entre paganos* (26).

En tan angustiado cruce de caminos se celebra (octubre de 1938) el gran Congreso Internacional Misionero de Madrás, India. Los dirigentes protestantes han de tomar alguna portentosa resolución si quieren salir del *impasse* en que pronto se van a ver envueltos. ¿No será prudente preparar una retirada estratégica del Oriente y buscar nuevos campos de misión para los miles de misioneros que

(26) Latourette, en el volumen VII de su obra, deja vislumbrar en más de una página esta preocupación.

ya no podrán volver a aquellas latitudes? Indudablemente, el campo más propicio a su proselitismo es Sudamérica. La unidad lingüística y cultural del hemisferio; la ausencia de incomodidades ofrecidas por países asiáticos y africanos; su cercanía a los *home-bases* y la seguridad de hallar protección en casos de guerra (los campos de concentración de China y del Japón han dejado muy mal sabor de boca entre los protestantes) constituyen otras tantas ventajas para la selección. Los dirigentes del movimiento misionero están todos a favor de la propuesta.

No hay más que una dificultad: *Sudamérica es ya, desde hace tiempo, católica y poseedora de un cristianismo mucho más hondo que el que ellos pretenden llevar.* Pero la dificultad estaba prevista y, en cierto sentido—al menos a su entender—, solucionada. Desde hace años, las sectas vienen explotando la idea de que *el cristianismo de Latinoamérica es meramente nominal.* En 1933 y en 1936, su más famoso misionólogo, John Mackay, presidente del International Missionary Council, a cuyo cargo está la dirección del Congreso de Madrás, ha publicado dos obras: *The Other Spanish Christ* y *That Other América,* en las que se esfuerza por demostrar la misma tesis. Ambos libros obtienen entre los protestantes clamoroso éxito, y pronto se convierten en *clásicos de la materia.* Con esto no tarda en convertirse en axioma que *Latinoamérica es un continente infeccionado por el ritualismo y las supersticiones romanas, que, sin embargo, jamás ha recibido el Evangelio...*

Los congresistas de Madrás se felicitan del *hallazgo* que les abre la puerta ancha para los territorios situados al sur del río Grande. Tres de los más conspicuos representantes del Congreso—John Mott, William Paton y L. A. Warnhuis—nos aseguran que "Madrás abrió por primera vez los ojos a muchísimos misioneros protestantes, que hasta entonces apenas conocían a Latinoamérica sino como mera entidad geográfica". No exageramos, por tanto, al concluir que *Sudamérica, como territorio misionero protestante de primera categoría, arranca de Madrás.* A partir de esta fecha, el hemisferio colombino empezará a absorber la mejor parte del personal y de los ingentes recursos económicos que a su mano tienen las iglesias separadas (27).

Una vez dada la orden de marcha, vienen los preparativos. Y éstos se ejecutan con la perfección técnica y el detallado cálculo en que son maestros los norteamericanos. El patriarca de sus empresas misioneras, John Mott, recorre personalmente, en sucesivos

(27) Véase, por ejemplo, *The International Review of Missions,* 1939, páginas 279 y sigs.

viajes de exploración, las Repúblicas sudamericanas, y comunica a los jefes de las diversas iglesias los resultados obtenidos. En Norteamérica, las campañas de reclutamiento se llevan por los métodos más modernos. A los candidatos para misiones sudamericanas (pastores, abundancia de seglares, técnicos, médicos, enfermeras y aun estudiantes universitarios) se les ofrecen pingües salarios y la posibilidad de poder vivir cómodamente unos años en aquellas exóticas tierras. De este modo, el número de sus misioneros asciende desde los dos mil quinientos a cifras que deben andar alrededor de los diez mil.

Piensan los protestantes en la enorme importancia de la palabra escrita y de la radiodifusión, destinando para ambos fines una buena parte de sus presupuestos y del personal. Han caído también en la cuenta de que esta avalancha extranjera puede, a la larga, herir susceptibilidades nacionales y excitar sospechas. Por eso coordinarán su venida con el esfuerzo paralelo de formar abundante personal sudamericano y de elevarlo poco a poco a puestos de responsabilidad. Conscientes, además, de las tendencias indigenistas existentes en varias de las Repúblicas, se constituirán—al menos para fines propagandísticos—en protectores natos del indio, tratando de elevar su nivel cultural y económico por medio de campañas contra el analfabetismo, clínicas y dispensarios... y hasta por medio de la creación de "poblados indios", que a sus ojos representarán "la continuación de la obra de los antiguos jesuítas en las reducciones del Paraguay".

* * *

Este es el plan. El resultado ya visible de la renovada ofensiva ha llenado de gozo a los protestantes:

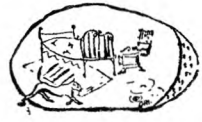
> Hace setenta años—escribe uno de ellos—no había, por decirlo así, protestantes nativos en el mundo hispánico. Hoy se pueden contar por cientos de miles, y en el Brasil por millones. Esto nos obliga también a revisar ciertos conceptos sobre la América Latina, por ejemplo, aquel que cataloga todos sus pueblos como exclusivamente católicos. No es así, y apelo a un hecho contemporáneo y real: hay una América Latina que es protestante. Y el protestantismo es allí tan activo, tan visible, tan militante, que el escéptico y el aficionado a estadísticas no tienen sino pararse y contar el número de nuestros adeptos... Tomando las cosas en su conjunto, podemos afirmar que en los tiempos modernos el protestantismo ha crecido en Latinoamérica más rápidamente que en ningún otro campo de misión. Mientras que en el resto del mundo las "nuevas iglesias" han crecido al ritmo de una a seis, en nuestro continente el crecimiento ha sido de una a diez. Estas comunidades, aunque todavía pe-

queñas, están entrando en la tercera generación... Nuestros adeptos tampoco llevan ya sobre sí el estigma de renegados que antes les distinguía del resto de la población (28).

Para nosotros, esta dolorosa comprobación nos ha de abrir los ojos a la realidad y mantenernos alerta ante el peligro:

Tal vez—nos dice una revista cubana—el problema más grave y urgente de Hispanoamérica sea en la actualidad el intenso movimiento proselitista de las sectas. Su despliegue de medios y de recursos es realmente asombroso. Su tenacidad y poderío propagandístico han llenado de alarma a cuantos tienen una somera idea de la realidad y de su vasta penetración simultánea en todo nuestro hemisferio (29).

Prudencio Damboriena, S. J.
Universidad Gregoriana.
ROMA.

---

(28) Rembao: *Mission Highlights*, Londres, 1952, pág. 9.
(29) Citado por *Ecclesia*, Madrid, 1944, pág. 502.